

Nombrar lo innombrable: la violencia sutil en la relaciones de pareja

Dra. Clotilde Proveyer Cervantes
Departamento de Sociología (Universidad de la Habana)

(Especial para No a la Violencia)

En la actualidad, a nivel internacional hay creciente comprensión sobre la violencia de género como una violación de los derechos humanos, tanto en el ámbito académico como político. En distintas regiones del mundo se contribuye a crear conciencia sobre la gravedad de este problema social y, por ende, sobre la importancia de desarrollar acciones en sistema para atender y disminuir ese flagelo tan dañino para grupos enteros de seres humanos, mayoritariamente mujeres.

En la evaluación de las distintas aristas que la violencia posee, es imprescindible reconocer su naturaleza histórico-social y su vínculo con la cultura como creación humana.

La violencia se define desde lo cultural y está relacionada con la interacción humana, a partir de fines sociales y de propósitos que están vinculados con las relaciones de poder entre grupos sociales, entre Estados, entre personas, y está asociada siempre al uso de la fuerza y del poder. Todas las formas conocidas, mediante las cuales se manifiesta la violencia --física, psicológica, sexual, entre otras-- suponen siempre una jerarquía, una superioridad, un desequilibrio de poder. Por ello, en ese vínculo indisoluble entre violencia y poder, la violencia de género está ligada al poder masculino a escala social, en virtud del patriarcado como sistema de dominación.

Las formas más extremas de violencia en las relaciones de pareja van dejando de ser consideradas como “asuntos privados”, de incumbencia exclusiva de los implicados, al amparo del sacrosanto ámbito familiar. Crece la conciencia crítica sobre lo ilegítimo de tales conductas. Empiezan a desmontarse en el imaginario colectivo los mitos que han pautado hasta hoy las creencias sobre este problema social. Ya la afirmación proveniente del feminismo: “lo personal es político”, adquiere certidumbre. Aumenta la indignación ante las afrentas que, en nombre del “amor”, se cometen contra las mujeres.

Sin embargo, la cultura patriarcal, como construcción social del patriarcado, continúa marcando de manera desigual e inequitativa las relaciones entre los géneros, lo que determina, en esencia, que perviva la dominación masculina a escala social. Estas relaciones, dígame relaciones patriarcales, son autoritarias, de poder, impregnadas de contenidos sexistas. Como construcciones socio-culturales, legitiman la asimetría intergenérica, en detrimento de las mujeres, garantizando con ello la perdurabilidad de la violencia de género en todas sus manifestaciones.

Como señala Bourdieu en *La dominación masculina*: “El sexismo es un esencialismo, al igual que el racismo, étnico o clasista, busca atribuir diferencias sociales históricamente construidas a una naturaleza biológica que funciona como una esencia de donde se deducen, de modo implacable, todos los actos de la existencia. De todas las formas de esencialismo, es la más difícil de desarraigar. El trabajo, que busca transformar en naturaleza un producto arbitrario de la historia, encuentra fundamento aparente, tanto en las apariencias del cuerpo como en los efectos enteramente reales que ha producido en el cuerpo y en la mente, es decir, en la realidad y en las representaciones de la realidad. El trabajo milenario de socialización de lo biológico y de biologización de lo social, al revertir la relación entre causa y efecto, hace aparecer una construcción social naturalizada (los hábitos diferentes, fruto de las diversas condiciones producidas socialmente) como la justificación natural de la representación arbitraria de la naturaleza que le dio origen y de la realidad y la representación de ésta ⁽¹⁾.”

De tal forma, la dominación masculina se aprehende socialmente mediante la socialización de género y se internaliza a lo largo de la vida de los sujetos, mujeres y hombres, la mayoría de las veces de forma espontánea, acrítica y/o mimética, a través de estereotipos que funcionan como hegemónicos, a los cuales nos adscribimos y los que incorporamos a nuestra identidad, si queremos ser parte de la sociedad. “Si para el mundo del varón es importante la agresividad o la competencia, se le enseña a ser agresivo mediante juegos competitivos y valientes, juguetes bélicos, etc.; si es importante la fortaleza, se le enseña lo que se considera ser fuerte: no llorar, no manifestar emociones como la ternura, no mostrar inseguridad, etc. Lo mismo se realiza en la educación de la mujer, sólo que con los valores y roles invertidos. Se le enseña a

ser tierna, maternal y cuidadosa. Se le dan muñecas/(os) y elementos del cuidado para lavarlos, vestirlos o pasearlos; se le enseña a ser receptiva a las demandas internas a través de juguetes que la inicien en las tareas domésticas: cocinitas, maquinillas de coser, etc. Se le estimula a que acate, escuche, acepte y que cultive emociones "femeninas" (puede llorar pero no agredir)" ⁽²⁾.

Por eso, la socialización de género es, en esencia, sexista y los sujetos socializados aceptan el mundo social y sus divisiones arbitrarias como "naturales", entre ellas, la división socialmente construida entre los sexos, en función de la cual el dominio masculino está aún suficientemente asegurado y la posición femenina inevitablemente subordinada.

Precisamente, hay una relación indisoluble entre poder masculino y violencia contra la mujer. "La organización social patriarcal orienta el desarrollo a partir de la violencia - doméstica, privada y pública, personal e institucional - sobre las mujeres y recrea la violencia al convertirla en mecanismo de reproducción de su dominio. Como orden de desarrollo, el patriarcado estimula mentalidades opresivas, depredadoras y violentas e inhibe la solidaridad y la empatía entre mujeres y hombres" ⁽³⁾.

En virtud de esos aprendizajes se "naturaliza" la violencia porque está aceptada culturalmente, como parte del poder masculino. Esa razón explica la "invisibilidad" de las formas más sutiles de violencia, de esas que no dejan huellas en el cuerpo, sino en el "alma". La violencia sutil es muy efectiva porque pasa inadvertida y se ejerce a través de construcciones simbólicas muy diversas. Es la violencia que Bourdieu denomina "violencia simbólica".

"Violencia simbólica [es la] violencia amortiguada, insensible e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento".⁽⁴⁾ Violencia que trasciende la afrenta física y que el propio Bourdieu, precisando aún más, define de la siguiente manera: "Todo poder de violencia simbólica, o sea, todo poder que logra imponer significaciones e imponerlas como legítimas disimulando las relaciones de fuerza en que se funda su propia fuerza, añade su fuerza propia, es decir, propiamente simbólica, a esas relaciones de fuerza." ⁽⁵⁾

Por supuesto que esa imposición de significados es arbitraria porque no responde a hechos de naturaleza; esos significados son, en esencia, construcciones culturales que deben su origen a condiciones sociales concretas y a determinadas relaciones de poder.

Es tal el poder de imposición de esa arbitrariedad cultural --dígase de la cultura patriarcal-- que ha logrado "naturalizarse" y legitimarse culturalmente sin cuestionamientos. Justamente las formas de violencia más extendidas y frecuentes, que se expresan en la cotidianidad de las relaciones intergenéricas y las más difíciles de identificar por las razones antes expuestas, son las formas simbólicas y/o sutiles, también denominadas por Luis Bonino como microviolencias o micromachismos: "son pequeños, casi imperceptibles controles y abusos de poder, *cuasi* normalizados, que los varones ejecutan permanentemente. Son hábiles artes de dominio, maniobras, que sin ser muy notables restringen y violentan insidiosamente el poder personal, la autonomía y el equilibrio psíquico de las mujeres, atentando además, contra la democratización de las relaciones (...) Son formas de dominación "suave", modos larvados y negados de dominación que producen efectos dañinos, que no son evidentes al comienzo de una relación y que se van haciendo visibles a largo plazo. Dada su invisibilidad se ejercen generalmente con toda impunidad." ⁽⁶⁾

Las microviolencias adoptan diversas formas de manifestación. Son muy efectivas porque, al estar invisibilizadas por la aceptación cultural de la inferioridad femenina, no son cuestionadas. La gama de expresión es muy amplia y han sido tipologizadas por Bonino de manera muy detallada. Entre ellas encontramos: los micromachismos utilitarios, micromachismos encubiertos, micromachismos coercitivos, y micromachismos de crisis. ⁽⁷⁾

El poder de imposición de esas formas de dominación, sutiles o simbólicas, es eficaz porque se inscriben en la subjetividad de las estructuras mentales. Esos "modos larvados" actúan impunemente y son concebidos por las mujeres como parte intrínseca de la relación de pareja y son usualmente valorados como "muestras de amor". Sin embargo, el hecho de no ser identificados abiertamente no los hace menos dañinos, puesto que sus secuelas generan traumas psicológicos y somatizaciones que derivan muchas veces en enfermedades orgánicas. Generan, además, deterioro de la autoestima femenina y prolongación de la condición de subordinación, que es vista como "destino" por un número considerable de mujeres en virtud de, los mandatos de género.

La nocividad de esas microviolencias radica, precisamente, en su actuar sostenido e imperceptible, que al no ser reconocido como dañino no encuentra resistencia y, luego, sus

consecuencias se traducen en esos malestares cotidianos que tanto afectan la condición de sujetos de las mujeres.

“Los modos de presentación de los micromachismos se alejan mucho de la violencia física, pero tienen a la larga sus mismos objetivos y efectos: garantizar el control sobre la mujer y perpetuar la distribución injusta para ellas de los derechos y oportunidades. Para conseguirlo, los hombres se sirven de diferentes métodos, que pueden servir para clasificarlos mejor: unos (los utilitarios) apelan a movilizar el poder heteroafirmativo femenino para explotarlos, otros (los coercitivos) utilizan la fuerza psicológica o moral masculina, otros (los encubiertos) abusan de la credibilidad femenina y la manipulación, y otros (los de crisis) se usan cuando la mujer se está proponiendo aumentar su poder personal”.⁽⁸⁾

Al hablar de la violencia sutil, es necesario tener en cuenta que sus manifestaciones se expresan de las más disímiles maneras, pero todas están pautadas por el ejercicio del poder, en este caso del poder masculino; son una vía de autoafirmación identitaria. Pueden ir desde un silencio desconocedor y lapidario hasta la culpabilización femenina por la realización de cualquier acto intrascendente que altere la autoridad indiscutida del hombre. Algunas manifestaciones sirven de botón de muestra: el sexo impuesto y aceptado como “parte de los deberes conyugales”, la descalificación y la desautorización frente a terceros, el control sobre sus acciones, el desentenderse de lo doméstico, el abuso de la capacidad femenina de cuidado que convierte a las mujeres en responsables y agentes del cuidado de enfermos, ancianos y discapacitados de su familia y de la de su cónyuge, como un deber supremo, y un sinfín más de estrategias abusivas. La gama de actitudes es muy amplia, se valen de tácticas que usan el lenguaje verbal y el extraverbal como construcciones simbólicas que remiten al ejercicio de la violencia.

El lenguaje es una vía muy efectiva para ejecutar esas maniobras, ya que en tanto conjunto de signos que están a nuestra disposición para que podamos comunicarnos, influye en nuestra percepción de la realidad y condiciona nuestro pensamiento. El lenguaje, como construcción social e histórica, influye en nuestra visión del mundo.

A través del lenguaje nombramos la realidad, le ponemos etiquetas, pero también la interpretamos y la creamos simbólicamente. Si el lenguaje que usamos para describir y pautar las relaciones intergeneracionales es sexista, entonces contribuye a reproducir las concepciones culturales que legitiman la inferioridad femenina, como una de las vías idóneas para la “naturalización” y legitimación de las formas invisibles de violencia.

Por ello es tan importante poner en evidencia la ilegitimidad de tales actos y demostrar su falacia, ya que evidenciarlo científicamente es el primer paso en este empeño. Nombrar las microviolencias que, disfrazadas en el lenguaje, constituyen un mecanismo de dominación, hace posible, junto a la denuncia, el desmontaje de su aceptación cultural en el imaginario colectivo. Entonces estaremos en condiciones de resignificar, en el lenguaje y en la práctica social, la cultura de la equidad y de los afectos como la forma superior de relación entre los géneros.

Notas:

¹ Pierre Bourdieu: *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2000.

² Josefina Sanz: *Psicoerotismo femenino y masculino*, Editorial Kairós, 3ra edición Barcelona, 1997, p. 40.

³ Marcela Lagarde: *Género y feminismo*, Edit. Horas y Horas, Madrid, 1996.

⁴ Bourdieu: op.cit.,p.12.

⁵ Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron: *La Reproducción*, editorial laia, Barcelona, 1970, p.39.

⁶ Luis Bonino Méndez: “Las microviolencias y sus efectos. Claves para su detección”, en *La prevención y detección de la violencia contra las mujeres desde la atención primaria de salud*, Editado por la Asociación para la Defensa de la Salud Pública de Madrid. Madrid, 2002, p. 56

⁷ Op. Cit., p. 60.

⁸ Op. Cit. P. 57.